

GUERRA INFORMATIVA Y SOCIEDAD TELEVIGILADA: El discurso de la nueva doctrina de seguridad pública

Francisco SIERRA

fsierra@us.es

En el escenario de la nueva sociedad informacional, los factores de información y los dispositivos electrónicos constituyen elementos estratégicos en la conducción de la guerra y la estrategia militar. El factor tecnocomunicativo es hoy una referencia permanente tanto en las crecientes necesidades de movilidad y actuación rápida de las fuerzas aéreas y terrestres, como en la gestión de los datos de estrategia e intervención, la ramificación descentralizada de las fuerzas de contingencia, la coordinación operativa de las diferentes divisiones del ejército y, por supuesto, el control de los sistemas de información y decisión, concentrando el mando militar las acciones políticas, diplomáticas y civiles por mediación de las diversas formas de control de la opinión pública y de manipulación de la información de actualidad. Como marco doctrinario de pensamiento y estrategia militar, la noción de guerra informativa – también llamada guerra digital - comprende la reelaboración global de la doctrina y los programas de investigación y desarrollo del ejército, en la consecución de los objetivos y la aplicación de los medios tecnológicos de organización y actuación militar de la fuerza del siglo XXI.

En las siguientes páginas, se plantean algunas de las reelaboraciones estratégicas de la guerra informativa en nuestra era como uno de los factores condicionantes del discurso mediático y del actual y futuro desarrollo internacional del sistema mundial de información y conocimiento.

GUERRA TOTAL Y PERMANENTE

El primer principio básico de la actual doctrina de la seguridad pública estadounidense es la perspectiva ideológica de la globalización como marco de actuación y control mediático en las nuevas formas de guerra psicológica. La política es hoy asimilada en el marco de una doctrina de seguridad internacional en la que el cuestionamiento del concepto de soberanía, de los límites y fronteras regionales, de los límites entre la guerra y la paz o el frente y la retaguardia orienta la acción del nuevo pensamiento estratégico del Pentágono :

“El concepto de guerra se está expandiendo, como mínimo, hacia dos direcciones. En primer lugar, ya no podemos ver la guerra simplemente como los ejércitos de una nación-estado o grupo de naciones estado combatiendo entre sí (...) La segunda manera en que se está ampliando el concepto de guerra se relaciona con el combate convencional” (1).

La noción de “desarrollo progresivo” sintetiza clarificadoramente esta concepción cualitativa más que gradual de la escalada bélica en nuestro tiempo, legitimada en los medios como nueva ideología en la conciencia bélica de la opinión pública internacional. Se trata, en fin , de un significativo cambio de una estrategia de despliegue (concepción distributiva de la guerra) a una visión proyectiva de los ejércitos y la táctica militar, siendo lógicamente la información (el espacio de los medios y tecnologías comunicacionales) el principal instrumento de intervención, y la guerra una estrategia de vencimiento por el con-vencimiento, esto es, una guerra informativa, una guerra mediática y de propaganda, que, desde el conflicto del Golfo Pérsico, viene legitimando la actuación de un discurso y una política informativa regida, como se puede observar en los documentos oficiales estadounidenses, por el principio absoluto de la seguridad pública, incluyendo la política comercial o económica de desarrollo de los sistemas avanzados

de información. La política de uso del espacio radioeléctrico y las tecnologías de telecomunicaciones al servicio de la doctrina de seguridad nacional no es nueva.

Constituye, de hecho, históricamente uno de los ejes centrales de expansión del poder internacional de los Estados Unidos en el mundo, mediante la coordinación de las redes telemáticas militares con el sector civil y comercial (Teledesic, Global Star, Orbicom, . . .) en función de las actividades de inteligencia. Hoy, sin embargo, a diferencia de la clásica doctrina de seguridad nacional, la extensión de la filosofía de la guerra total y permanente presupone la realización hasta sus últimas consecuencias de una cultura mediática de videovigilancia global, en la que la seguridad es consagrada como principio rector de la vida pública, en nueva disciplina de regulación y acomodamiento social de la conciencia cívica a las necesidades de orden y control político-militar por razones preventivas (2). La pedagogía militar de la guerra de la información consiste precisamente en la calculada y ambigua extensión de la lógica bélica a la vida civil y política. La política de seguridad nacional, y supranacional, se extiende así hoy a todas las formas de comunicación electrónica (3).

Si la construcción de sistemas de inteligencia artificial, espionaje, rastreo y teledetección satelital han venido reforzando los tradicionales sistemas de inteligencia del Estado y un estricto control de las comunicaciones electrónicas , hoy además el FBI ha extendido a la red Internet y los sistemas de telefonía móvil la política de supervisión y control para responder al reto de los nuevos medios y tecnologías de la comunicación, reformulando incluso las bases del pensamiento político-militar sobre la seguridad pública y hasta la cultura informativa y la propia doctrina del derecho a la información que hoy circula entre los profesionales de los medios y los ciudadanos, a partir de una agresiva política de intervención en el ámbito de la comunicación pública.

Si la guerra y la paz no son hoy situaciones diferenciables u opuestas, sino componentes de un mismo proceso a escala de gestión de un orden mundial precario y acechado por nuevos conflictos internacionales, las turbulencias y desórdenes globales de una “geopolítica del caos” legitimarían como necesaria una estrategia de guerra total permanente en la que se relacione sistemáticamente la aplicación de la fuerza con los resultados políticos deseados, de manera combinada, recurriendo a los medios y las técnicas de desinformación y propaganda como soportes estratégicos del ejército.

Desde la experiencia traumática de la fracasada intervención militar en Vietnam, el alto mando del Pentágono ha venido enfatizando, consecuentemente, el carácter político de toda acción bélica para favorecer un enfoque centrado en las causas fundamentales de conflicto más allá de las dimensiones militares. De hecho, la concepción de guerra prolongada en los medios procede, básicamente, de la experiencia bélica contrainsurgente. El conocimiento adquirido en este tipo de operaciones especiales ha favorecido en las últimas décadas un rol político fundamental en la doctrina estadounidense de seguridad internacional. Las formas irregulares de guerra informal y el incremento del rol desempeñado por las operaciones encubiertas han convertido incluso la estrategia de baja intensidad en un referente doctrinal básico de la actual política del Pentágono (4) que incluye desde niveles de disuasión y agresión directa, políticas y estrategias pacificadoras, hasta acciones de guerra masiva como el bombardeo de Yugoslavia, a partir de una nueva correlación y equilibrio entre las acciones de fuerza y la negociación política que ya en los años cincuenta los teóricos de la comunicación estadounidenses denominaron “nueva diplomacia pública”.

PERSUASION Y DISUASION

“La guerra es un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario” Karl Von Clausewitz

Para lograr la unidad de esfuerzos y el plegamiento de los objetivos políticos de la administración pública (Departamento de Estado) a los objetivos militares (Departamento de Defensa) a través de la coordinación del Consejo Nacional de Seguridad, el Alto Mando del Ejército norteamericano propone en primera instancia como acción militar prioritaria la estrategia de manipulación informativa a partir de la comunicación y la acción disuasora, las filtraciones administradas, la guerra psicológica y la centralización de fuentes por los medios, agencias y servicios especiales de los Estados Unidos. La doctrina de la guerra informativa tiene como referente, en este punto, la experiencia del Golfo Pérsico, donde la experiencia tecnomediática y comercial ha servido para relanzar proyectos herederos de la filosofía de la guerra de la galaxias, en el empeño estadounidense por alcanzar la preeminencia absoluta en el próximo milenio tanto por potencial económico como por la distribución informativa y el control de las redes de telecomunicaciones. Como bien apunta Rothkopf :

“Para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en la era de la información ha de ser el de ganar la batalla de los flujos de la información mundial, dominando las comunicaciones, al igual que Gran Bretaña dominó una vez los mares” (5).

Tradicionalmente, Estados Unidos ha privilegiado el control de las comunicaciones internacionales como principal estrategia de propaganda en la confrontación bélica regional. Así , por ejemplo, continuando con esta estrategia de control y dominio de los sistemas de comunicaciones, en Oriente Próximo el poder informativo de la BBC y la Voz de América ha sido complementado por diversas alianzas político-mediáticas con países amigos como Arabia Saudí a través de empresas multimedia como NBC, ORBIT Communications y la Arab Network Agency, en la particular cruzada occidental contra el avance islámico y los movimientos políticos nacionales antiimperialistas que afectan a los intereses estratégicos de Estados Unidos en la zona (6).

Ahora, si bien la política informativa de manipulación y ocultación de los hechos considerados sensibles ha sido en el siglo XX un elemento estratégico en la planeación y desarrollo de los conflictos bélicos por los estados mayores de los ejércitos, el diseño actual de la política de información en tiempos de guerra es planteado de manera flexible y multifuncional según el caudal de noticias y las necesidades de mayor o menor saturación informativa, al fin de convertir los acontecimientos mediáticos en un hecho banalizado y asimilable para los profesionales de los medios, desde una filosofía y estrategia global de la sociedad de la información, en la que la política bélica es compatible y coherente con la cultura del info entretenimiento espectacular (7), como demuestra el último bombardeo de Irak y la novelada crisis Lewinsky o la experiencia de la guerra del Golfo (8).

Esta nueva estrategia asume como propios los principios de la Guerra de Baja Intensidad manejando en función de la situación y características del conflicto formas distintas de intervención, de la persuasión a la disuasión, pasando por el uso de la violencia política y militar masiva y coordinada. Así, por ejemplo, en el conflicto de Kosovo, la cadena CNN ha pasado de ser, en palabras de Madeleine Albright, el decimosexto miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, para convertirse en medio de difusión de la doctrina estadounidense de la OTAN, mientras en conflictos como el bombardeo de Irak se ajustaba punto por punto en la línea editorial a las tesis y deliberaciones de la ONU, según las exigencias de la diplomacia estadounidense.

Tal política militar, y su integración definitiva en el sistema mediático y las redes e infraestructuras de información, es, en cualquier caso, planificada en función de lo que Chomsky denomina la producción del consentimiento. Un proceso por lo general poco o nada transparente que requiere la acción de la propaganda, el ocultamiento y la desinformación. En palabras del profesor Steven Metz, el objetivo prioritario en todo conflicto del ejército estadounidense es “fomentar un consenso general para apoyar el empleo de la fuerza y sólo se puede lograr lo anterior usando objetivos imprecisos y simbólicos, que constituyen una base estratégica muy débil. Cuando existen reales objetivos, normalmente son secretos” (9).

Los medios tienen, por ello, como función crear las condiciones adecuadas para mantener los verdaderos objetivos de la intervención oculta a la opinión pública y difundir, en su lugar, un objetivo de tipo simbólico, imaginario, que refuerce el apoyo de la población, como en el conflicto de Granada y Panamá, así como el respaldo de la opinión pública internacional, trabajando con los aliados en el terreno de la guerra psicológica de percepciones y creencias administradas por el sistema institucional de los medios de comunicación periodística (10). Una función que sin duda ha incidido indirectamente en la falta de credibilidad de los medios (11).

INFORMACIÓN, PROPAGANDA Y GUERRA PSICOLÓGICA

Las operaciones psicológicas encubiertas de las fuerzas especiales estadounidenses se han venido intensificando en los últimos años mediante el recurso a estrategias de información, propaganda y desinformación a todos los niveles. Ahora bien, la instrumentación mediática admite, en este sentido, lógicamente, grados y escalas diferentes de manipulación, censura y desinformación, conforme a la intensidad del conflicto y a la escalada militar en el continuum de gradación de la guerra a la situación de paz, en la propagación de los intereses militares en la prensa, los medios audiovisuales, los líderes de opinión e incluso la comunicación interpersonal cara a cara.

Un caso representativo de esta nueva estrategia de contención y manipulación informativa basada en operaciones psicológicas es el experimento en Haití (12). La política de guerra psicológica permanente descansó, en el conflicto haitiano, sobre dos áreas de intervención: la defensa y restablecimiento de la democracia y la contención antimigratoria de la población huída de la isla. En la consecución de estos dos objetivos, la estrategia de guerra psicológica fue planeada gradualmente según la evolución diplomática del conflicto. Conforme fueron evaluadas las respuestas políticas y sociales a los mensajes de las autoridades y fuerzas de oposición en el interior de la isla, la unidad de operaciones especiales fue ampliando su campo de acción a nuevos sectores de la audiencia a fin de intensificar la penetración informativa y el respaldo a la política norteamericana en Haití, para llegar a convertirse, en la última fase del conflicto, en un factor táctico y operativo esencial tras la invasión norteamericana de Puerto Príncipe.

Tras el final de la Guerra Fría, el Ejército estadounidense ha abanderado una renovación de los principios de estrategia y táctica militar orientada por la importancia atribuida a la dimensión ideológica de todo conflicto (13). En la nueva doctrina militar, las operaciones psicológicas concentran la mayoría de los esfuerzos de planeación estratégica ante la complejidad y simultaneidad de las situaciones de conflicto. La tesis central defendida en los documentos oficiales del Pentágono es la legitimidad e importancia de las operaciones psicológicas en una lógica bélica sustentada en la aceptación y respaldo de la opinión pública y en la implementación de las políticas nacionales según los objetivos definidos militarmente. Las operaciones psicológicas son consideradas el principal factor de construcción de la legitimidad, las creencias

y el impacto público de los intereses militares en un contexto atravesado por continuas tensiones sociopolíticas y actividades desestabilizadoras contrarios a los planes del alto mando del ejército. La constelación mediática y el entorno cultural inflacionista de noticias sesgadas por las fuentes oficiales serán favorecidos en consecuencia como marco comunicativo adecuado a los intereses del complejo militar-industrial del Pentágono como estrategia de gestión de la incertidumbre en la consecución efectiva de los objetivos de la guerra, siendo la democracia, esto es, la libre discusión pública en la esfera de la comunicación política, un “obstáculo” imprevisible, luego necesariamente “controlable”, para la seguridad pública.

LAS VIRTUDES VIRTUALES DE LA GUERRA

Un concepto funcional estratégico en esta visión de las nuevas formas de guerra psicológica es, por lo mismo, la noción de guerra virtual. La guerra informativa es teorizada por el Pentágono como una “no guerra” en la medida que la legitimidad de la intervención armada entre la opinión pública y las instituciones políticas nacionales e internacionales es inversamente proporcional al número de muertos. En efecto, “en esta época de transmisiones en vivo mediante la CNN, el público estadounidense manifiesta muy poca tolerancia a las bajas. Ante el relativamente poco apoyo popular que inicialmente recibió la liberación armada de Kuwait, es difícil creer que el pueblo estadounidense acepte la pérdida de muchas bajas en cualquier conflicto futuro” (14) :

“Una guerra sin muertos, bajo los ojos de las cámaras es las proeza técnica a la que llegó Occidente y que demuestra que la prensa, a pesar de que criticó ampliamente a la censura del ejército, había incorporado la lección de Vietnam : no desmoralizar al ejército ni la opinión, ya que nadie podría imaginar que la guerra fuera tan breve. Nadie vio la guerra sucia, ya que se suponía que las tecnologías sofisticadas permitán en cierta manera ahorrársela. Y ni siquiera la alfombra de bombas que recibieron a diario los iraquíes durante más de un mes cobró víctimas” (15).

Tanto la estética de los videojuegos como la escenografía espectacular del campo de conflicto coincidieron con una “cultura afirmativa” funcional a la maquinaria de guerra del capitalismo, articulada en el discurso periodístico a partir de la dependencia de los medios respecto a las fuentes gubernamentales en la nueva visión del periodismo global (Global Journalism) de la CNN y su agenda tematizada por el star system.

La simulación tridimensional del teatro de operaciones y la unificación del mando del ejército como sistema de información y acción tecnológica perfiló así una concepción informativa de la guerra y hasta incluso una morfología del cuerpo militar completamente distinta, cuya máxima aspiración ha sido, en adelante, la intervención en tiempo real, la ficción periodística de la guerra como espectáculo simulado, explotando y controlando la totalidad de las redes de información y telecomunicaciones.

PENSAR EL “EJÉRCITO-RED”

“Las fuerzas revolucionarias del futuro puede que estén compuestas cada vez más por extensas redes multiorganizacionales que no tengan una identidad nacional particular, reclamen surgir de la sociedad civil e incluyan grupos e individuos agresivos, expertos en el uso de tecnología avanzada para las comunicaciones”

RAND CORPORATION

El concepto rector de la sociedad informacional popularizado por Manuel Castells es, en la actualidad, es otra categoría central con la que se piensa organizar el ejército de la

comunicación-mundo. “ Las fuerzas conjuntas; las coaliciones, a veces ad hoc; las operaciones entre agencias; las reglas precisas de combate, ejecutadas bajo la mirilla de los medios de comunicación mundial casi instantáneas; tal vez percepciones erróneas respecto a las bajas; la reducción de tiempo entre la crisis observada y el desplazamiento de las tropas, al igual que entre el momento de llegada al país y el cumplimiento de la misión, todo lo que contribuye a que el uso de la fuerza militar sea único” son indicativas de las nuevas y diversas formas de intervención militar que justifican una estrategia flexible en la ambigua definición del enemigo (16). La noción “red” se asocia, en este punto, informacionalmente, a la concepción del sistema mundial como un espacio caótico, amenazado por múltiples desestabilizaciones, conflictos locales, fisuras, desórdenes y terrorismos varios (17).

La infosfera mediada por los sistemas de información periodística, y los circuitos de producción y almacenamiento electrónicos, es descrita por la nueva doctrina militar del Pentágono como un escenario paradójico y complejo, un espacio azaroso e incierto, amenazado por múltiples conflictos locales y diversos e imprevisibles factores en el campo de la economía, la sociedad civil y la cultura. La reestructuración de los ejércitos en función de un modelo organizativo en red, capaz de enfrentar los retos de la “globalización”, se erige así en premisa ideal de la política de desarrollo militar en el nuevo milenio, paralelamente a la centralización de fuentes y al monopolio del poder informativo.

Como señala Schiller, “en ese campo se ha constituido una coalición informal y operacional a la vez, en la que convergen intereses gubernamentales, militares y comerciales que abarcan las industrias de la información de los media y de la informática. La percepción del mundo que tienen estos actores es resueltamente electrónica. Lo mismo que los geoestrategas, su campo de visión es un planeta bajo control norteamericano. El medio de alcanzar ese objetivo, proclama insistentemente esta coalición, es el complejo información/media, porque confiere el poder cultural y el poder simplemente” (18).

Una voz tan autorizada como la de Zbigniew Brzezinski deja claramente definida la importancia atribuida por Estados Unidos a los factores comunicacionales como eje de organización del potencial estadounidense en su empeño por prolongar el liderazgo en el escenario de los nuevos compromisos globales y las complejas relaciones de poder con otras potencias antagónicas como Europa. El dominio estadounidense sobre las comunicaciones y la cultura de masas junto con el liderazgo tecnológico en el ámbito de las telecomunicaciones y la industria militar es hoy el núcleo de concentración de los ámbitos de poder global (el económico, el político y el militar) que configuran el nuevo sistema de relaciones internacionales (19).

En este contexto prefigurado, la nueva estrategia estadounidense de seguridad nacional promueve el desarrollo de un proceso de apertura (free flow information) y de control continuado y flexible (televigilancia) frente a la habitual doctrina de contención de la época de la Guerra Fría. El objetivo político-militar del Pentágono es el dominio de las redes de información para el gobierno del mundo y, en consecuencia, la implantación de un sistema de vigilancia total y permanente. La arquitectura del sistema mundial de poder en torno al complejo tecno comunicacional de los medios descansa en

una concepción estratégica y operativa electrónica. La multiplicación y flexibilidad de las redes informáticas como parte de la estructura básica de organización militar ha multiplicado los sistemas de seguridad y las técnicas de registro criptográfico para el control centralizado de la información considerada sensible. Como señala Herbert Schiller, citando fuentes oficiales, si la

supremacía nuclear era la condición sine qua non para dirigir las condiciones de antaño, hoy el sistema de distribución de poder se concentra en los sistemas de información :

“Para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en la era de la información ha de ser el de ganar la batalla de los flujos de la información mundial, dominando las ondas, al igual que Gran Bretaña dominó una vez en los mares (...) A Estados Unidos le interesa económica y políticamente velar por que, si el mundo adopta una lengua común, ésta sea el inglés; que, si ese mundo se orienta hacia normas comunes en materia de telecomunicaciones, de seguridad y de calidad, estas normas sean armoniosas; que, si sus diferentes partes están interrelacionadas por la televisión, la radio y la música, los programas sean americanos; y que, si se elaboran valores comunes, se trata de valores en los cuales se reconozcan los norteamericanos” (20).

La noción de red y los procesos sociales articulados en torno a los flujos de información son la base del pensamiento administrativo que propone la organización de nuevas formas de producción, consumo, socialización, expresión cultural y, por supuesto, de organización de la guerra, bajo la filosofía y el liderazgo de los Estados Unidos. “A corto plazo, el poder económico del capital transnacional y la receptividad de la gente al marco comercial multimedia sobre el que está basada la economía norteamericana no pueden más que estimular el sueño acariciado por Washington de dominar el mundo durante el próximo siglo gracias al control de la electrónica” (21).

Según esta concepción, la coordinación de las fuerzas militares exige, en nuestro tiempo, una articulación, en consecuencia, de la estructura y mando de poder centralizado y un sistema de organización jerárquica del poder militar con los modos reticulares de las redes de información e inteligencia, con o sin la mediación de sistemas computerizados de datos y otras tecnologías informativas.

La ideología belicista del imperialismo norteamericano define la estrategia político-militar de la guerra informativa como un problema de medios e inteligencia. La descentralización en la toma de decisiones, la flexibilidad organizativa, el desarrollo de sistemas de información y organización reflexivas e inteligentes capaces de aprender, auto organizarse y operar, adaptativamente, según las transformaciones del complejo entorno configurado por las sociedades de alto riesgo son referencias dominantes en la nueva doctrina militar del Pentágono. Hoy la retórica de la guerra se apoya en una lectura sistémica de la globalización, inspirada en el principio de incertidumbre, en las nociones básicas de las teorías del caos y de las catástrofes como un marco legitimador de la política bélica mundial. Ahora bien, esta complejidad e incertidumbre referidas encubre, en la doctrina bélica oficial del Pentágono, lo que Ramonet identifica como crisis global de la información y la comunicación, en nuestro tiempo, ante el déficit democrático que gobierna la expansión de las redes mundiales de información según los intereses estratégicos y político-militares del sistema-mundo, en el que Internet es el nuevo centro emergente de las políticas de propaganda e intoxicación informativa que promueven una cultura pública belicista (22).

Así, por ejemplo, se apunta en las preocupaciones de los diseñadores y responsables de los sistemas de seguridad el problema de la ciberguerra no sólo como un aspecto de control único de las redes de comando y organización militar continuamente amenazado por los hackers y enemigos virtuales que intentan introducirse en los sistemas de seguridad nacionales, poniendo en peligro la estabilidad mundial, sino sobre todo como un problema vital de imprevisibles efectos desestabilizadores en los flujos financieros mundiales ante los intentos de sabotaje

económico, vinculando así, de forma casi sancionadora, la “paz” y el “progreso” al sistema de integración tecnocomunicacional del capitalismo hegemónico. Por ello, el propio discurso periodístico de los medios de información ha popularizado el objetivo de la seguridad nacional como prioritario por encima de otros aspectos reguladores como el control de los monopolios o el libre acceso y democratización de las redes de comunicación, en el acceso y gestión pública. No en vano, la cultura paranoica de seguridad nacional tan común a las políticas editoriales de los medios impresos y audiovisuales norteamericanos coincide con la extensión de la ideología del control social en la agenda política occidental :

“De hecho, el papel eminente que incumbe a las think tanks neoconservadores en la constitución y después en la internacionalización de la nueva doxa punitiva pone de relieve las relaciones orgánicas, tanto ideológicas como prácticas, entre el deterioro del sector social del Estado y el despliegue de su brazo penal (...) De ahí toda una serie de balances que se dan para un análisis, al ritmo de los cuales, Estados Unidos es utilizado no como elemento de una comparación metódica que mostrara a continuación que la pretendida subida inexorable de las violencias urbanas es ante todo una temática político-mediática que busca facilitar la redefinición de los problemas sociales en términos de seguridad, sino por turnos, como un espantajo y como un modelo a imitar, aunque sea con precaución” (23).

Hoy, señala Loïc Wacquant, es difícil para una autoridad europea expresarse sobre la seguridad continental sin que salga de su boca alguna consigna made in USA, por ridícula que esta sea. La obsesión paranoica de una cultura represiva difundida por los medios de información norteamericanos insistentemente se convierte así, por la hegemonía de Estados Unidos en la geopolítica mundial de las industrias culturales, en un elemento legitimador de las estrategias sociopolíticas de vigilancia total y permanente a través de los nuevos sistemas de información y procesamiento de datos, más allá de cualquier proyecto regional o de Estado, para hacer públicamente aceptable las premisas de la doctrina de seguridad nacional del Pentágono, en la sanción y control coercitivo de aquellas conductas consideradas desviadas o simplemente diferentes, en virtud del principio de seguridad total que hoy es universalmente asumido y validado, indistintamente, en la construcción de la sociedad global de la información, para tiempos de paz y de guerra.

La explotación de este factor, señalado en su modelo de propaganda por Chomsky y Herman, es un elemento de movilización y dominio efectivo, que mantiene a la población permanentemente aterrorizada sobre los efectos, peligros e incertidumbres creados con conflictos reales o imprevisibles, ya sea por el peligroso potencial del enemigo, como se difundiera en el último bombardeo sobre Irak, o por la extensión del conflicto a otros países, como en la guerra de Yugoslavia (teoría del efecto dominó).

Como resultado, uno de los efectos de la política global de guerra psicológica difundida planetariamente explotando esta tendencia paranoica en la opinión pública internacional es la acentuación de una guerra civilizatoria sin precedentes que amplía, las diferencias y fracturas culturales entre el mundo occidental y las culturas oprimidas y subyugadas del Sur, paralelamente a la extensión de una conciencia paranoica en la propia teoría social con los planteamientos dominantes sobre la amenaza de desórdenes y peligros virales.

EL PRINCIPIO DE LA GUERRA PREVENTIVA

Con el supuesto objetivo de evitar en principio futuribles desórdenes, movimientos de subversión y acciones puntuales de grupos minoritarios, sectas, organizaciones guerrilleras o fundamentalismos étnicos, religiosos y políticos que puedan resurgir dentro y fuera de las

fronteras nacionales (24), los sistemas de vigilancia y control planetario con sede en Fort Meade tejen mundialmente un dispositivo de espionaje y gestión informativa al servicio de los intereses geoestratégicos estadounidenses según una nueva doctrina de seguridad nacional que el servicio de información americano, integrado por un amplio cuerpo de funcionarios (lingüistas, informáticos, relaciones públicas, analistas de sistemas, expertos en flujos de datos, etc . . .), coordina cubriendo todo el área y formas de contraespionaje.

La National Security Agency (NSA) es la agencia responsable de la protección, desarrollo y control de las comunicaciones militares y administrativas, el desarrollo de las tecnologías de la información, la seguridad de las redes informáticas, el espionaje vía satélite y hasta la coordinación de la guerra en el espacio :

“La agencia es el mascarón de proa de un pacto de recogida de información entre los Estados Unidos y los servicios de información de Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (...) Sus atribuciones han ido aumentando en poder a partir de las décadas 70 y 80 cuando se puso en marcha la red Echelon. En todo el mundo, todas las comunicaciones por correo electrónico, teléfono y fax son regularmente interceptadas por Echelon, cuyos ordenadores extraen de la masa de informaciones los mensajes que contienen palabras-clave sensibles” (25).

Esta red de espionaje y los servicios de información para interceptar las señales de comunicaciones importantes para la seguridad nacional amplían así el poder de influencia de los sistemas de seguridad al control a las comunicaciones telefónicas, ciberespaciales y personales. La unidad de mando e integración, bajo la coordinación de los servicios de inteligencia e información de Estados Unidos, de los poderes públicos del Estado ha llevado incluso a situaciones recientes como la supeditación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a las directrices político-militares de la OTAN, concentrando las prerrogativas de intervención en manos del Pentágono.

El cambio de la doctrina militar no significa, sin embargo, una modificación sustancial de sus presupuestos ideológicos de partida. La estrategia de seguridad nacional de EE.UU. define, en los documentos doctrinales del Pentágono, la diplomacia internacional del gobierno norteamericano como una política orientada al logro de “ un ambiente internacional de paz, libertad y progreso dentro del cual nuestra democracia – y otras naciones libres – puedan prosperar” combatiendo “la agresión , la coerción y las insurrecciones que amenazan las instituciones democráticas”, en ayuda a las naciones aliadas y sus intereses (26). La argumentación política y la retórica oficial del establishment norteamericano no ha variado, en lo sustancial, el discurso esgrimido durante los años setenta. Hoy como ayer, los ataques a instalaciones civiles en Afganistán, a fábricas farmacéuticas sudanesas o a supuestos “campos de entrenamiento para terroristas” son justificados en virtud del principio de legítima defensa, invocando la necesaria protección de los servicios y el modo de vida americano, anclados en la tradicional filosofía de concepción derechista que la sociedad estadounidense ha sancionado incluso en algunas de sus versiones más racistas. Así por ejemplo los manuales de formación de las Fuerzas Especiales de la Escuela de Operaciones Especiales de la Fuerza Aérea de la base Hurlburt empiezan por considerar despectivamente a negros, hispanos o asiáticos, tal y como revelara en 1997 la cadena CBS en su espacio dedicado a los noticieros. La guerra de Kosovo y otros conflictos liderados por la acción directa o encubierta de los Estados Unidos siguen por otra parte reeditando mundialmente una doctrina de la seguridad nacional en la que junto a un militarismo exacerbado y el más ferviente anticomunismo se desarrolla la nueva concepción regional de los conflictos bélicos basada en el dominio de los factores de infraestructura,

producción y circulación de la información por las redes tecnocomunicativas bajo los principios de la doctrina de la seguridad nacional como “guerra multimediática” y, además, en tiempo real.

VELOCIDAD, ADAPTABILIDAD, PRECISION

Durante la guerra del Golfo, la preocupación por la duración del conflicto hacía manifiesto, como en la guerra de Kosovo, el principio de la nueva doctrina militar del Pentágono, según el cual el éxito de la guerra depende de la capacidad de control de la opinión pública y de dominio en la intensidad y orientación temática de las noticias a cargo de la cobertura informativa por los medios, en la que se privilegiaba el objetivo de mostrar el acontecimiento inmediatamente, ocultando el proceso de hipermediatización para movilizar internacionalmente a la ciudadanía en favor de la estrategia de agresión y la solución bélica a los conflictos :

“La capacidad para controlar la velocidad, especialmente en la informática y los espacios inmateriales, se ha hecho primordial. El considerable desarrollo de medios nacionales de información y su orientación hacia nuevos riesgos, confiere a Estados Unidos una forma de liderazgo de los países industrializados. Estas opciones diseñan una estrategia que no permite evitar sistemáticamente los enfrentamientos violentos y la gestión del combate, pero que favorece la selección de empresas, la economía en vidas humanas y una gestión más flexible de los conflictos que hay que justificar ante una opinión pública y unos responsables políticos cada vez más informados” (27).

Las cámaras digitales incorporadas en los cascos de los marines norteamericanos que cubrieron en directo la guerra de Haití o la ocupación de Somalia son, en este sentido, un pálido reflejo del “grifo de imágenes administradas” según la lógica bélica de la nueva guerra informativa.

Especialmente desde la guerra del Golfo Pérsico, la guerra televisiva es una guerra ficcionalizada, una guerra high tech, de información-espectáculo en directo. En Irak, “incluso después del comienzo de los bombardeos, se nos presentó una guerra con escenario indefinido, donde el frente de combate aparece como una trama de fondo apenas perceptible, diluida entre las continuas oposiciones, en directo de corresponsales y voceros gubernamentales” (28). Mientras las cámaras administraban imágenes amplificadas de los haces de luz, resultado de las explosiones por las bombas teledirigidas.

La idea de la guerra en tiempo real es en este punto complementaria y plenamente funcional a la narrativa audiovisual, mostrando la historia mientras se hace, bajo el manto y la retórica populista del infoentretenimiento, remedo del mercado y el discurso del pensamiento único.

Como apunta Norman Birnbaum, “no hay debate nacional sobre el papel de Estados Unidos en el mundo. Aunque tampoco lo hay sobre los contornos de la sociedad estadounidense. Estas carencias generales tienen un denominador común, la despolitización generalizada de una nación que, sorprendentemente, todavía se considera un modelo de democracia”:

“La destrucción de las alternativas políticas es también una consecuencia de la mala educación sistemática propagada por los medios de comunicación. El frenético mosaico de imágenes que nos avasallan últimamente denota el nacimiento de una nueva formación histórica : el Estado nacional del espectáculo. Las fronteras entre el conocimiento y la ignorancia, las ideas serias y la ficción ridícula se han desvanecido” (29).

Como también se borran y vuelven imprecisos los límites de la guerra y la paz, de la fuerza militar y de seguridad pública o la táctica y la estrategia militar, entre el momento de la planeación y el momento de la intervención. “Al utilizar más información, con mayor rapidez; al acelerar el

proceso de toma de decisiones; al tomar acciones en lugares más distantes, en menos tiempo y bajo condiciones más diversas, orquestando los sistemas de maniobra y fuego de todos los servicios; y creando y manteniendo la cohesión entre unidades más dispersas – todo bajo la cuidadosa supervisión de la cobertura por parte de medios de comunicación casi instantánea – los líderes del Ejército de Estados Unidos de la era de la información pensarán de una manera diferente a los de la era industrial” (30).

Optimizar la velocidad y calidad del procesamiento de información, así como los sistemas de inteligencia y toma de decisiones constituyen en este punto principios de consolidación de la nueva estrategia de operatividad y táctica bélica, siendo la tecnología inteligente (y sus modalidades de vínculo social y político, de liga y estructuración organizativa a ella asociadas) el eje articulador de la guerra informativa, cuya estrategia globalizadora comprende incluso la conversión de los derechos humanos en arma de guerra y las actividades de cooperación en medio disuasorio y eficazmente persuasivo de la nueva guerra psicológica.

LOS NUEVOS CUERPOS DE PAZ

La asistencia e intervención por motivos humanitarios constituye un nuevo eje revitalizado en la doctrina de la guerra informativa, como argumento legitimador en la retórica propagandística de este final de milenio. La guerra humanitaria de Kosovo, bajo la coartada de combatir el genocidio, o en otros casos la asistencia frente a catástrofes provocadas por hambrunas y desastres naturales, teje en el discurso mediático una inversión paradójica de las misiones de paz bajo liderazgo de los marines estadounidenses, por la que subsumir el poder y la iniciativa civil bajo el control del mando militar, como un instrumento más de propaganda en la guerra psicológica.

En las nuevas formas de intervención, el Pentágono contempla el recurso a los cuerpos paz, tan conocidos en las estrategias de información y contrainsurgencia aplicados en Latinoamérica desde la década de los sesenta, ante situaciones de violencia masiva contra poblaciones, actos de terrorismo o subversión. De hecho, durante por ejemplo la administración Clinton se han venido impulsando agresivas operaciones de “pacificación” en lo que se ha dado en llamar la “segunda generación de operaciones de la paz”. En palabras del profesor Steven Metz : **“Una misión ofensiva será de tipo humanitario o ecológico, variando desde actividades cooperativas con autoridades locales en misiones de socorro, hasta la intervención abierta. Tales operaciones siempre implicarán la participación de diversas agencias y múltiples naciones. En acciones realizadas en conjunto con las autoridades locales con el fin de evitar conflictos futuros, la participación del Ejército estadounidense será limitada y provisional” (31).**

No en vano en las nuevas formas de guerra, las estrategias de intervención no convencional y de acción directa comprenden la integración de las Unidades de Asuntos Civiles con las divisiones de Operaciones Psicológicas, las Fuerzas Especiales y las actividades de Inteligencia Militar en la ejecución de acciones defensivas, el control de la inmigración, el contraterrorismo, las misiones humanitarias o las acciones ecológicas.

Las actividades de las ONG’s, de organismos internacionales como la Cruz Roja, y por supuesto de organismos como los cuerpos de paz de las Naciones Unidas son así utilizadas como soporte de la guerra psicológica, la inteligencia militar y la difusión de la propaganda legitimadora de las guerras humanitarias en nuestro tiempo.

Ahora bien, el humanitarismo militar tiene su contraparte. Como antaño, en el control de las telecomunicaciones y las fuentes de información, coordinado junto con los esfuerzos de

propaganda de la nueva diplomacia bélica, la “doctrina terrorista del Pentágono” no dice que, como parte de la actividad de las fuerzas de intervención, las divisiones dedicadas, en tiempo de paz o de guerra, a las operaciones especiales también se empeñan en labores como el bloqueo y sabotaje de los sistemas de información e infraestructuras estratégicas, cuando no, de forma regular, al terrorismo y acoso a la población civil.

Así, una vez cumplida la misión, el ejército-red estadounidense repliega sus efectivos a la espera de nuevas intervenciones : Somalia, Indonesia, Irak, Yugoslavia . . . El sentido de la intervención poco importa, no es discutible el fin, sólo los medios, pues en el marco de legitimación construido informativamente el consenso es absoluto y las unanimidades estables, al menos en sus presupuestos.

El problema, no obstante, de la estrategia de la guerra digital es su propio talón de Aquiles : el callejón sin salida de la propia paranoia mediática que alimenta y consolida la lógica de la maquinaria de muerte en la que se viene instaurando una “espiral del disimulo” cuyo poder termina por debilitarse conforme se multiplica y centraliza la red de comunicación por efectos de las turbulencias y perturbaciones, los ruidos y desórdenes crecientes que, acumulados en la “geopolítica del caos” de la comunicación-mundo, amenazan con colapsar el Nuevo Orden Mundial..

Situaciones como la crisis de Indonesia, la desestabilización de los Balcanes o, mucho antes, el levantamiento de Chiapas, pueden, en efecto, terminar haciendo realidad el derrumbamiento del sistema por efectos virales o desajustes lógicos en el actual modo de producción capitalista, desde algunos de los puntos en los que se extiende el complejo político-militar del Pentágono y sus intereses corporativos, a través de las redes de producción y cultura. Pues, en tal proceso, la lógica de la guerra no puede frenar el desarrollo de las contradicciones sociales reproducidas, tanto a nivel del discurso mediático como en la práctica social, por la imposición de la violencia del capital.

Esta, en efecto, es la principal contradicción de la nueva doctrina de seguridad pública en la sociedad televigilada emergente donde, como escribiera Orwell, la guerra es la paz y la esclavitud la libertad. He aquí, de verdad, una paradoja recurrente: el discurso periodístico que promueve la barbarie de la “realpolitik” global, mientras desde los propios medios se insiste, paranoicamente, en la capitalización de la muerte, que administra la actual estructura dominante de la comunicación, como un “efecto colateral” ajeno o “extraño” a la propia configuración mundial de la “geopolítica del caos”. Las consecuencias de esta operación ideológica, si bien – como dice Negri – pueden ocultarse teóricamente en forma por ejemplo de discurso propagandístico – a modo, pongo por caso, de guerra virtual o no guerra, como sucede en la doctrina del Pentágono - no pueden, sin embargo, ser negadas en la práctica, por más que se proclame o afirme urbi et orbi, tal y como pretende la concepción totalitaria de la posmodernidad informativa, la evidencia de este tipo de razonamientos tautológicos que confunden los dichos y los hechos : la voluntad de saber con la voluntad de poder y los enemigos de la globalización con la globalización de los enemigos.

NOTAS

1.- Gordon R. Sullivan y James M. Dubik, “Cómo se libraré la guerra en la Era de la Información”, en *Military Review*, Marzo-Junio, 1995, p.35.

2.- Como ejemplo de esta nueva filosofía de la seguridad internacional, cfr. Boutros-Ghali, *An Agenda for Peace : Preventive Diplomacy. Peacemaking and Peacekeeping*, Informe del

Secretario General, ONU, Nueva York, 1992; Donald M. Snow, *Peacekeeping. Peacemaking and Peace-Enforcement: The US Role in the New International Order*, Carlisle Barracks, Pennsylvania, 1993.

3.- En Europa, por ejemplo, Enfopol establece la interceptación de las telecomunicaciones privadas en virtud de las políticas de vigilancia, control y prevención de las amenazas que las autoridades públicas identifican entre los grupos desestabilizadores, subversivos o simplemente disidentes. Echelon constituye, en este sentido, el precedente de creación de un nuevo estado global de vigilancia planetaria bajo control de los servicios de inteligencia militar estadounidense.

4.- Cfr. "Manual de Operaciones Militares en el Conflicto de Baja Intensidad", Manual de Campaña del Ejército FM 100-20.

5.- David Rothkopf, "In Fraise of Cultural Imperialism", *Foreign Policy*, nº 167, Washington, 1997, citado por H.I. Schiller, "El dominio de las redes electrónicas mundiales", en *Le Monde Diplomatique*,

Agosto/Septiembre, 1998, p.18.

6.- Cfr. René Naba, *Guerre des ondes . . . guerre des religions : la bataille herzianne dans le ciel méditerranéen*, L'Harmattan, Paris, 1998.

7.- Cfr. Guy Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona, 1999.

8.- Como advierte Eduardo Subirats, "el efecto hipnótico del espectáculo político-pornográfico sobre la masa electrónica tardomoderna no es nuevo. Lo hemos visto en dos de las grandes crisis políticas del final de siglo : el Desert Storm bajo la forma de un video-game a gran escala, y la muerte de la princesa Diana bajo la versión de un melodrama lacrimoso. Lo nuevo en el affaire de Clinton es la escala mundial de los conflictos militares, la corrupción política y el masivo deterioro social y ecológico que abraza" . Cfr. Eduardo Subirats, "Sex Pol en la aldea global", en *El Viejo Topo*, Abril, Barcelona, 1999, p.49.

9.- Steven Metz, "Victoria y compromiso en la contrainsurrección", en *Military Review*, Noviembre-Diciembre, 1992, p.34. Así, el Ejército Federal Mexicano y las Fuerzas Especiales del Ejército Estadounidense en la zona serán presentados en los relatos periodísticos y en los comunicados oficiales como cuerpos de paz en misión de protección y salvaguardia del cumplimiento de los acuerdos de San Andrés Larrainzar en el Estado de Chiapas; el bombardeo de Yugoslavia, una guerra humanitaria en defensa de los derechos humanos; la guerra contra Irak, la defensa de la soberanía nacional kuwaití y el derecho internacional ; y, por poner otro ejemplo, la invasión de Panamá, una operación en contra del narcotráfico.

10.- Como en la última entrega del ataque norteamericano a Irak, la cobertura mediática de la guerra de Kosovo nos ha sido narrada por las imágenes censuradas de los medios occidentales, las declaraciones reiterativas y de vocación intoxicadora de los portavoces oficiales, los escenarios de la propaganda y contrapropaganda de los ejércitos y las espectaculares fotos fijas digitalizadas por la OTAN. En otras palabras, la versión bélica del pensamiento único con participación de todo tipo de actores, ONG's incluidas, con la ayuda y solidaridad corporativa de las transnacionales de la telecomunicación.

11.- En diferentes sondeos de opinión, aproximadamente el 70 % de los ciudadanos estadounidenses manifiesta una clara desconfianza sobre la veracidad de las informaciones

suministradas por los medios, ante los reiterados casos de manipulación, tratamiento sesgado y falsificación de las noticias, reportajes y comentarios de prensa.

12.- Cfr. Andrew Downie, "United States Begins Psychological Warfare To Oust de-facto Haitian Regime by Dropping Millions of Leaflets", *The Nassau Guardian*, Septiembre, 1994.

13.- Cfr. US ARMY Field Manual (FM) 100-5 Operations; FM 100-23, Peace Operations. Misión de las Naciones Unidas en Haití, Marzo 1995.

14.- Steven Metz, "Previendo el futuro : el Ejército y los conflictos en países anárquicos", *wn Military Review*, Sept.-Oct., 1994, p.78.

15.- Dominique Wolton, *WAR GAME. La información y la guerra, Siglo XXI*, Madrid, 1992, p.34.

16.- Dubik/Sullivan, *op.cit.*, p.36.

17.- Los intelectuales orgánicos del imperialismo norteamericano identifican como amenazas de la comunicación-mundo :

- La pobreza y el subdesarrollo económico en el Tercer Mundo.
- Los desastres ecológicos.
- El nacionalismo.
- El fundamentalismo religioso.
- Las agresiones contra fronteras internacionales de "Estados reaccionarios" (Irak, Irán o Corea del Norte, por ejemplo).
- La proliferación de armas de destrucción masiva y sistemas balísticos avanzados.
- Guerras y conflictos civiles por razones étnicas, religiosas o territoriales.

18.- H.I. Schiller, "El dominio de las redes electrónicas mundiales", en *Le Monde Diplomatique*, Agosto/Septiembre, 1998, p.18.

19.- Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona, 1998, p.31.

20.- H.I.Schiller, *op.cit.*, p.18.

21.- *Ibíd.*, p.18.

22.- Cfr. Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, Editorial Debate, Madrid, 1998.

23.- Loïc Wacquant, "La ideología de la inseguridad. Una tormenta represiva que llega de Estados Unidos", en *Le Monde Diplomatique*, Abril, 1999, p.12 y 13.

24.- Un ejemplo de este tipo de proyectos revitalizado en los últimos años es el programa North American Air and Space Defense (NORAD-2010), un sistema de información global para el subcontinente norteamericano, del que está excluido México, creado para la detección, monitoreo, catalogación e identificación de objetivos y actividades político-militares, tanto de las comunicaciones civiles como las telecomunicaciones comerciales, en virtud de tres objetivos estratégicos para Estados Unidos.

25.- Philippe Rivière, "Tendencias policiales en el ciberespacio. Todos los europeos bajo escuchas", en *Le Monde Diplomatique*, marzo, 1999, p.28.

26.- National Security Strategy of the United States, Casa Blanca, Washington D.C., 1990.

27.- Ministerio de Defensa, "Livre blanc sur la défense", Servicio de Información y Relaciones Públicas de los Ejércitos, París, 1994, citado por Maurice Najman, "Estados Unidos prepara las armas del siglo XXI", *Le Monde Diplomatique*, Febrero, 1998, p.4.

28.- Eduardo Giordano, "CNN y las noticias del Golfo. El control de las fuentes audiovisuales en la propaganda bélica", en VV.AA., *Las mentiras de una guerra. Desinformación y censura en el conflicto del Golfo*, Deriva Editorial, Barcelona, 1992, pp. 40 y 41.

29.- Norman Birnbaum, "¿ Superpotencia o manicomio ?", *El País*, sábado 19 de diciembre de 1998, p.15.

30.- Sullivan/Dubik, op.cit., p.37.

31.- S. Metz, "Previendo el futuro : el Ejército y los conflictos en países anárquicos", en *Military Review*, Sept.-Oct., 1994, p.81.

* Profesor de Teoría de la Información. Departamento de Periodismo. Universidad de Sevilla. Autor,entre otras publicaciones, de "Elementos de Teoría de la Información" (MAD, Sevilla, 1999) y "Comunicación e Insurgencia. La información y la propaganda en la guerra de Chiapas" (HiruArgitaletxe, Gipuzkoa, 1997). En la actualidad, imparte en el Programa Hispalense de Doctorado en Periodismo el seminario "Información y Propaganda de Guerra" (1998-2000).